

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
VILLANAS CON LICENCIA PARA MATAR

Autor/es:
Quim Casas

Citar como:
Quim Casas (1997). VILLANAS CON LICENCIA PARA MATAR. Nosferatu. Revista de cine. (23).

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41008>

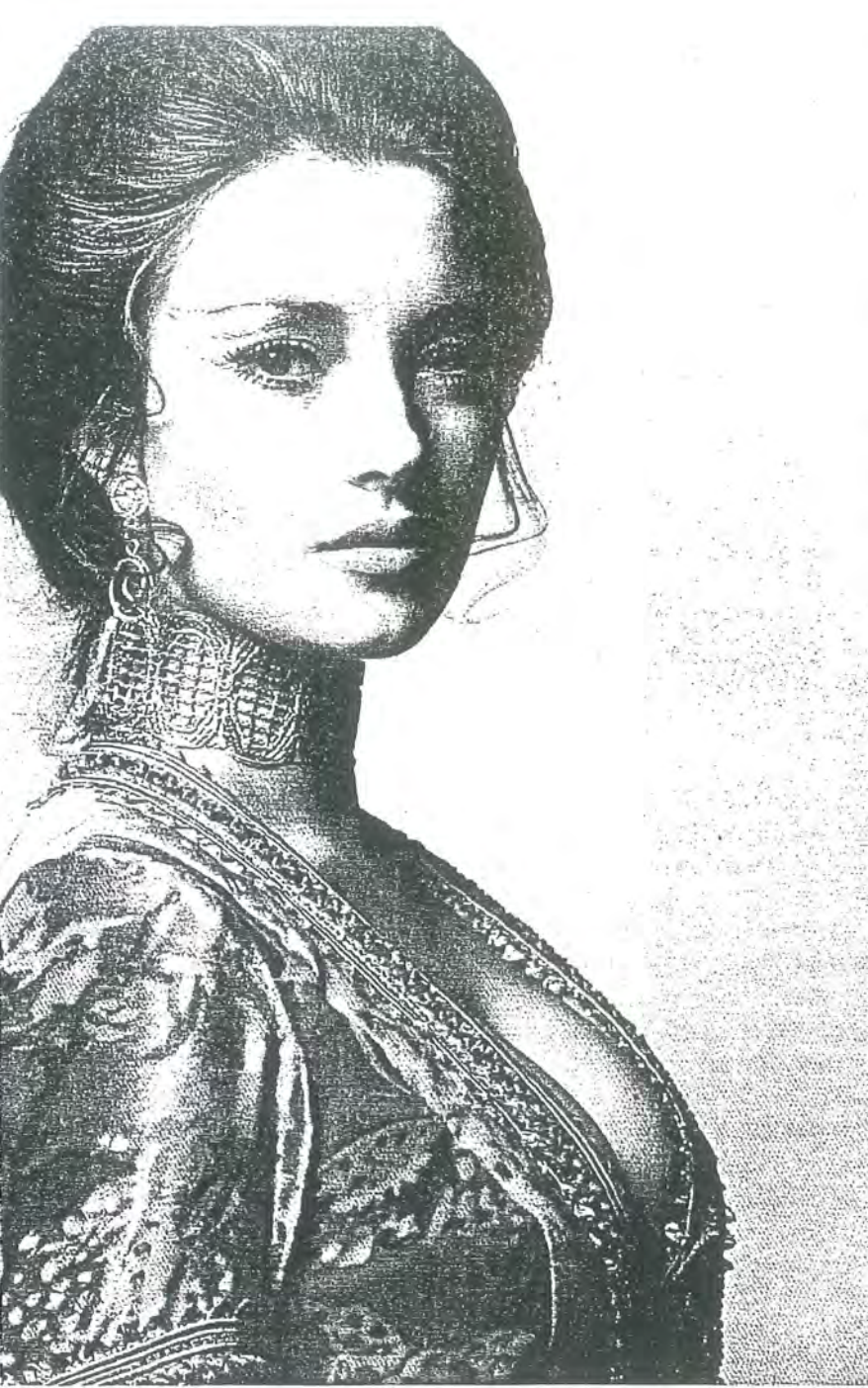
Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com



Villanas con licencia para matar

Quim Casas

El ciclo cinematográfico de James Bond puede ser tan detestable como entrañable. Ahí reside el interés, o simple encanto (con nostalgia o sin ella), de una saga en celuloide que ha sido partícipe de las férreas leyes de la Guerra Fría y ha sabido reverdecer viejos laureles, a veces con sonrojante y patético desfase, adquiriendo hábitos propios del cine musculoso perpetrado en Hollywood desde los ochenta. Poco queda hoy de aquel espía más sofisticado que elegante, turista de lujo en escenarios exóticos, estandarte del héroe lúdico y hedonista, seductor con las mujeres, frío con sus superiores, expeditivo con sus enemigos, consumidor de combinados etílicos agitados, nunca mezclados (o al revés, que más da), amante fiel del Dom Perignon del 57 y el caviar Royal Beluga, inquilino habitual de los casinos de la Riviera francesa, azote de organizaciones comunistas y enemigo acérrimo de esa entente maligna que se inventó Ian Fleming con el nombre de SPECTRA. El nombre completo en castellano ya parece una broma: Sociedad Permanente Ejecutiva de Contraespionaje, Terrorismo y Aniquilamiento. Tomadas así, a guasa, las películas de la saga Bond, sobre todo las primeras, filmadas con cierta imaginación por Terence Young y Guy Hamilton e interpretadas por Sean Connery, sobreviven hoy sin marchitarse demasiado con el paso del tiempo, que se ha mostrado devastador con el cine ortodoxo de espionaje.

Además de los rostros de Connery, George Lazenby, Roger Moore, Connery de nuevo -nunca digas nunca jamás, sobre todo cuando el cheque tiene más de seis ceros-, Timothy Dalton y Pierce Brosnan para encarnar a 007 -lo de David Niven, Terence Cooper, Peter Sellers y Woody Allen ilustrando el árbol genealógico de la familia Bond en *Casino Royale*

(*Casino Royale*, 1966) no tiene más entidad que la anecdótica: el ciclo ha tenido sus ramificaciones secundarias. Las villanas son igual de maniqueas que el resto de personajes de la serie literaria y cinematográfica, exagerando los lugares comunes del cine de espionaje y creando poco a poco su propia tipología dentro del género, proseguida después en las series menos interesantes de **F de Flint** o **Matt Helm**. Han permanecido agazapadas por regla general, sin ocupar un papel relevante en la mayoría de películas. Otros "comparsas" de 007 les han robado protagonismo, en ocasiones de manera injusta. Existen las indispensables chicas Bond: Ursula Andress, Daniela Bianchi, Claudine Auger, Jill St. John, Jane Seymour, Britt Ekland, Barbara Bach, Lois Chiles, Carole Bouquet, Maud Adams, Tanya Roberts, Maryam d'Abo e Izabella Scorupco en estricto orden cronológico.

No han faltado los villanos masculinos de turno, geniecillos locos, sádicos inquilinos del otro lado del llamado telón de acero, aristócratas megalómanos, hombres provistos de tres pechos. Algunos ejemplos: Joseph Wiseman sentó cátedra como el Doctor No; Robert Shaw lució musculatura estalinista en **Desde Rusia con amor** (*From Russia with Love*, 1963); Gert Fröbe compuso un impecable Goldfinger, dispuesto a cercenar los atributos sexuales de 007 con un primitivo rayo laser; Adolfo Celi fue el malo latino de **Operación Trueno** (*Thunderball*, 1965); Donald Pleasence -calvo y con el ojo derecho cruzado por una cicatriz- y Telly Savallas -igual de rapado pero con el ojo sano- acometieron al pérfido cerebro de SPECTRA, Ernst Stavro Blofeld, en **Sólo se vive dos veces** (*You Only Live Twice*, 1967) y **007 al servicio secreto de su Majestad** (*On Her Majesty's Secret Service*, 1969), respectivamente; Charles Gray fue otro

Blofeld en **Diamantes para la eternidad** (*Diamonds Are Forever*, 1971), con pelo y sin problemas oculares; Yaphet Kotto incorporó al fascista bananero de **007 vive y dejar morir** (*Live and Let Die*, 1973); Christopher Lee hibernó a Drácula para lucir los tres pezones de Francisco Scaramanga en **El hombre de la pistola de oro** (*The Man with the Golden Gun*, 1974); Richard Kiel creyó que su dentadura de hierro era la del tiburón de Spielberg en un par de filmes de la serie, y Christopher Walken anunció sus posibilidades como villano histriónico, antes de que Tim Burton lo eligiera para **Batman vuelve** (*Batman Returns*, 1992), incorporando al industrial francés Max Zorin de **Panorama para matar** (*A View To a Kill*, 1985).

Huelga comentar los secundarios habituales: Lois Maxwell como la

comprensiva secretaria Money-penny; Bernard Lee como M, el burócrata del Servicio de Inteligencia; Desmond Llewelyn en el papel de Q, experto en el diseño de armas ocultas. Y las canciones, también habituales y sedosas: Matt Monro, Shirley Bassey, Tom Jones, Nancy Sinatra, Louis Armstrong, Paul McCartney, Lulú, Carly Simon, Sheena Easton y, ya en terrenos del *mainstream* más indigesto, Duran Duran o A-Ha. Y los *gadgets*: que si el Aston Martin modelo DB5, equipado con ametralladoras, pantallas antibalas, asientos aéreos o líquidos aceitosos para derramar por la carretera; que si la pistola Beretta; que si los mecheros explosivos, las cámaras microscópicas, el reloj con contador Geiger, la lata de talco con cartucho lacrimógeno o el maletín del agente secreto provisto de puñal, rifle desmontable y mira telescópica



Grace Jones

infrarroja. Y los itinerarios geográficos, que convierten a Bond en digno sucesor de Marco Polo: Jamaica, la Costa Azul, los Alpes suizos, Estambul, los Balcanes, Venecia, Tokio, Sudáfrica, Nueva Orleans, Silicon Valley, Egipto, Beirut, Macao, Hong Kong, El Cairo, la India y, por supuesto, cualquier parte de Rusia, han sido zonas de trabajo habituales del agente con licencia para matar concedida por la mismísima reina británica.

Trazado el mapa físico y tipológico de la serie, detengámonos en algunas representaciones femeninas del mal, poco turbadoras pero en algunos momentos más interesantes, como siempre, que los personajes situados al otro lado de la barrera ética y moral, suponiendo que Bond y algunas de sus heroínas tengan mucho de lo uno o de lo otro. Puede que los ene-

migos masculinos sean más recordados, tanto por las características de los personajes como por la entidad de los actores -principiantes que luego se convirtieron en rostros cotizados, caso de Robert Shaw, o intérpretes de prestigio europeo con la cuenta bancaria en horas bajas, como Michel Lonsdale y Klaus Maria Brandauer-, pero las villanas de la serie 007 tienen un empaque especial en unos relatos en los que abunda sin disimulo la misoginia y el lugar común. Las "malas" del ciclo podrían dividirse en dos tipos bien delineados: las que son villanas desde su primera aparición, sin invitar a dudas ni trueques argumentales, y las que se forjan en la ambigüedad basculando del estadio inicial de villana Bond a la reconciliación final como chica Bond. En un plano meramente anecdótico quedarían las mujeres que pasan volando por la vida del protagonista tras inten-

tar tenderle una trampa: una distrae su atención besándole mientras un esbirro se dispone a golpearle por la espalda, pero Bond ve reflejado al asesino en la pupila de su ocasional amante, memorable escena de **James Bond contra Goldfinger** (*Goldfinger*, 1964); otra le atrae libidinosamente hasta su apartada casa para que en el camino sea víctima de un accidente mortal, en **Agente 007 contra el Dr. No** (*Dr. No*, 1962). Simples aprendices de villana.

Las dos primeras películas del ciclo, firmadas ambas por Young y con participación en el guión del "ideólogo" de la serie, Richard Maibaum, dibujan personajes sin aristas tanto a un lado como al otro del eje. En **Agente 007 contra el Dr. No** y en **Desde Rusia con amor** no hay espacio para las dualidades: el Doctor No actúa pérfidamente al servicio de SPECTRA, los agentes del contraespionaje hacen de las suyas entre líneas, los sicarios son entrenados para matar (la pelea en el tren entre Connery y Robert Shaw en el segundo de los filmes, uno de los mejores momentos de la serie), las chicas Bond (Ursula Andress y Daniela Bianchi) no molestan al héroe y hasta hay mercenarios irónicos, caso de los tres vagabundos aparentemente ciegos que asesinan a un empleado del gobierno británico en los compases jamaicanos de **Agente 007 contra el Dr. No**. Las villanas en estos dos filmes o son anecdóticas o consiguen imprimir cierta atmósfera turbia al relato. Es el caso de Rosa Klebb en **Desde Rusia con amor**, la sádica, agresiva y lesbiana -la misoginia toma otro rumbo- agente soviética que hace el doble juego pasándose a las filas de SPECTRA.

El personaje aporta la nota gélida en un relato auténticamente exótico en tiempos de Guerra Fría, con espías ingleses, traidores soviéticos, agentes turcos, asesinos búlgaros y tribus gitanas demandan-



Honor Blackman

do protagonismo. Klebb golpea con unos nudillos de acero, luce pelo corto e impecable uniforme militar, mira con odio, acaricia los muslos de las jóvenes, esconde una daga envenenada en la puntera de su zapato y sentencia con sus frases lapidarias: "*La Guerra Fría en Estambul va a entrar en su fase caliente*". Rosa Klebb crearía escuela en la serie: la secretaria personal de Blofeld en **007 al servicio secreto de su majestad**, una villana estilo ama de llaves, es tan desagradable, sádica y veladamente lesbiana como ella. Lo más curioso del personaje de Klebb estriba en la elección de su intérprete, ni más ni menos que Lotte Lenya, actriz y cantante alemana de los años veinte, esposa de Kurt Weill, con quien se exilió en Estados Unidos en 1935 huyendo del nazismo, y protagonista de la versión cinematográfica de **La ópera de tres peniques** (*Die Dreigroschenoper*), dirigida en 1931 por G.W. Pabst. Una significada personalidad antifascista incorporando a una villana comunista en un film indisimuladamente reaccionario: misterios del ciclo Bond.

En **James Bond contra Goldfinger** hace su primera aparición la villana dual, atractiva tipología de la serie que se ha ido repitiendo con mayor o menor fortuna desde entonces. Honor Blackman, primera de las protagonistas de la serie de televisión *Los vengadores*, interpreta a Pussy Galore, una experta aviadora al servicio de Goldfinger. La misión de su escuadrilla femenina es sobrevolar las instalaciones de Ford Knox, la reserva de oro nacional, y lanzar un gas paralizante. Empuña una pistola contra Bond, siempre sonriente, y pelea cuerpo a cuerpo con él. No tiene reparos en aceptar tratos con el pérfido Goldfinger, siempre que estén bien remunerados. Pero al final, la sonrisa y el encanto de Bond/Connery resultan demoledores. Villana tan refinada y elegante como lo es el protagonista, Pussy Galore termi-



na colaborando con 007 para reducir a cenizas el imperio del mal de Goldfinger. Fue la primera de la serie en romper barreras éticas y pasar a enrolarse en las filas de las chicas Bond tras haber sido su enemiga. De hecho, la película está repleta de este tipo de personajes: la joven que ayuda a Goldfinger a hacer trampas con los naipes (Shirley Eaton) también cae rendida a los pies de Bond. Ella, a diferencia de Pussy Galore, paga cara la traición: cubren todo su cuerpo con pintura de oro hasta que muere asfixiada.

En similar línea está el personaje de Tracy en **007 al servicio secreto de su majestad**, interpretada precisamente por la actriz que suplió a Honor Blackman como "vengadora", Diana Rigg. Hija de un potentado mafioso y corso, arrastra durante buena parte del metraje cierta ambigüedad. Termina siendo la chica Bond de rigor, pero su singladura resulta inusual en el contexto de una pe-

lícula mediocre aunque repleta de sorpresas. La incursión del monótono George Lazenby en los dominios de 007 se resuelve como un pastiche asumido -"*eso nunca le pasó al otro Bond*", comenta el protagonista cuando lucha contra un par de matones mientras Tracy le roba su coche-, un ejercicio de ruptura con el resto de la serie -las imágenes de los filmes con Connery se repiten en los genéricos- y el intento de humanizar al personaje: se enamora y se casa, sin que sirva de precedente, y minutos después de la boda se queda viudo en un desenlace insospechadamente trágico que, salvando todas las distancias que se quiera, viene a emparentar a Bond con otro de los ilustres detectives de ficción, el Sherlock Holmes filtrado por la causticidad tragicómica de Billy Wilder. En este extraño contexto *jamesbondiano*, el personaje de Tracy juega un papel fundamental. Pertenece a la Mafia, está desequilibrada emocionalmente, intenta suicidarse, se

deja seducir por Bond, flirtea con el enemigo y acaba siendo asesinada en un acto de venganza. No es la villana tradicional, pero tampoco está forjada en los previsibles recursos de las chicas Bond tipo Ursula Andress. Justo en un término medio, enriquece en cierta forma al personaje de Pussy Galore en **James Bond contra Goldfinger** y anuncia, matizado, el encarnado por Barbara Bach en **La espía que me amó** (*The Spy Who Loved Me*, 1977).

Es éste uno de los casos más definitivos de la villana reconvertida en heroína según la idiosincracia de la serie. Su transformación personal oscurece la presencia de la secuaz femenina del enemigo de Bond, en este caso interpretada por la ex-modelo Caroline Munro. Aparece y desaparece sin dejar

rastros porque en **La espía que me amó** se establece un enfrentamiento ideológico, vengativo y amoroso sin precedentes en la serie. Anya Amasova, la espía soviética encarnada por Barbara Bach, se enamora de Bond sin saber que él fue quien mató a su compañero sentimental. Empieza el film como enemiga, se reconvierte después en chica Bond con todos los atributos, recrudescen sus enemistades al descubrir que Bond la dejó huérfana de su anterior amor y concluye, como mandan los cánones, abrazada al seductor (y acartonado: Roger Moore) agente 007. El personaje de Anya tiene un precedente en el ciclo de novelas de Fleming, la Vesper Lynd de *Casino Royale*, otra espía soviética que se enamoraba de Bond y terminaba suicidándose. En la caricaturesca adaptación ci-

nematográfica, este personaje tenía una entidad distinta y servía tan sólo para recuperar a la primera actriz de la serie, Ursula Andress, en un cometido autoperódico.

Menos intensidad, salvo Rosa Klebb, deparan las villanas en estado puro, a no ser que la actriz que la incorpore suministre una ración suplementaria de interés. Es el caso de la excéntrica Grace Jones, que en **Panorama para matar** consigue equipararse sin demasiado esfuerzo a los villanos masculinos. Para ella, la acción es infinitamente más importante que las palabras, y a la tarea física se entrega con auténtico júbilo: su escena en lo alto de la Torre Eiffel se cuenta entre lo mejor del film. Otras comparsas del mal aparecen más interesantes sobre el papel que en celuloide, caso de la ayudante de Scaramanga en **El hombre de la pistola de oro**. Maud Adams, la actriz que interpreta este personaje, repetiría en la serie con **Octopussy** (*Octopussy*, 1983): aquí es otra villana ambigua, exótica hija de un corrupto oficial británico desenmascarado por Bond, que no tiene mayores problemas en formar pareja laboral y sexual con 007. La última rival femenina, por el momento, la interpreta Famke Janssen en **Goldeneye** (*Goldeneye*, 1995). Risible y paródica a la vez, viste de terciopelo negro, se vanagloria de su masoquismo, experimenta orgasmos cuando es golpeada o cuando es ella la que reparte tortazos, aprieta cuellos y quiebra clavículas. Aunque en el fondo, la auténtica mala del film, según la óptica de Bond, sea ni más ni menos que M, transmutado de burócrata masculino a funcionaria femenina, del actor Bernard Lee a la actriz Judi Dench. Bond puede soportar que Xenia, la villana de negro, intente asesinarlo cada cinco minutos, pero que su propia superiora le tilde de sexista y misógino roza lo intolerable.



Famke Janssen